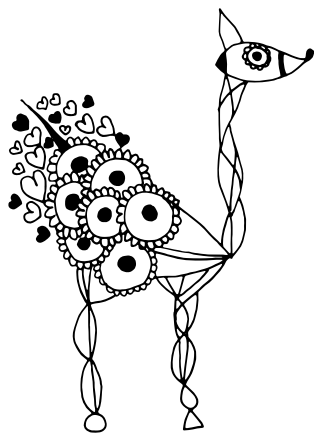


La escena mundial

y los procesos de unidad en Latinoamérica



Por Eduardo Arroyo

La humanidad participa en numerosos procesos complejos y entrecruzados entre ellos, en unos con optimismo y en otros con perplejidad. De un lado, nunca como ahora, la tecnología que guía a la industria contemporánea entrega a los seres humanos instrumentos que la conectan en tiempo real otorgándole una gran masa de información al segundo. Las redes se han hecho virtuales y los contactos muy rápidos. Estamos en un mundo de integración inmediata, lo que a su vez hace superficiales muchos contactos humanos (Zygmunt Bauman lo llama el “amor líquido”). La informática, la cibernética, la robótica, la biogenética y la nanotecnología son las técnicas de punta de la hora actual.

Pero así como el sistema capitalista vigente ofrece a las masas sociales la tecnología del más alto nivel, no por eso deja de haber pobreza, discriminación y exclusión. Estas debilidades lo han acompañado a lo largo de su historia. De allí que Naciones Unidas afronte los retos de la pobreza estableciendo los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM). Estas metas hacen hincapié en terminar con la pobreza extrema, el hambre y las enfermedades evitables. Precisamente, el 25 de setiembre de 2013 se reunieron los gobiernos del mundo en una sesión especial de la Asamblea General de las Naciones Unidas para discutir cómo acelerar el avance hacia el logro de los ODM y a su vez acordar un cronograma para unos nuevos, denominados Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS). Los primeros fueron adoptados en el 2000 y su ejecutoria finaliza en 2015; a partir de allí, continuarán los ODS, probablemente, hasta el 2030.

Los ODM se han constituido en las metas globales de desarrollo más importantes en la historia de la ONU, debiendo los ODS continuar la lucha contra la pobreza extrema, buscando un crecimiento económico con resultados más equitativos y ambientalmente sostenible, colocando el énfasis en limitar los efectos del cambio climático creados por el propio ser humano (1).

No las tiene, pues, todas consigo la actual globalización neoliberal. Este modelo capitalista hegemónico a nivel internacional tiene hoy grandes problemas de crecimiento. Su esquema de “mercado máximo y Estado mínimo” ha mandado a la quiebra a un mundo financiero que ha vivido fuera de toda regulación; ha colocado a los países del norte en un cuadro recesivo, de endeudamiento y de alto desempleo agudizando la crisis climática, alimenticia, hídrica, energética y una creciente debacle moral.

Los Estados Unidos de Norteamérica padecen una crisis de hegemonía mas no de dominación, es decir, ha sido cuestionado a nivel mundial su modo de hacer política y se ha desdibujado su manejo planetario, no teniendo otra salida que imponerse por la vía militar ante la carencia de consensos para asegurar su dominación política, económica y diplomática. A su vez, las potencias imperiales se enfrentan por el control del planeta en un mundo multipolar (afianzamiento de los BRICS y del G20), multicivilizatorio y crecientemente mestizo; asimismo, crece la presencia protagónica de Oriente y vastos destacamentos de actores sociales



juveniles en la escena internacional, así como diversos movimientos populares marcan la hora de lo social en esta coyuntura.

En líneas generales, los países del Norte retroceden mientras los del Sur (BRICS; Sudeste Asiático y Latinoamérica) están en una etapa de crecimiento, mas no necesariamente de desarrollo por la baja calidad de vida de gruesos contingentes poblacionales.

Los diferentes modelos de desarrollo capitalistas

El modelo estadounidense de capitalismo neoliberal conocido como “capitalismo salvaje” caracterizado por la presencia omnipotente del mercado y la anulación del Estado (mercado máximo, Estado mínimo) es el que ha entrado en crisis. Vigente desde el Consenso de Washington (1990) y caracterizado por incidir en la primacía de la economía de mercado, la no presencia del Estado en la esfera económica y la apertura irrestricta de las fronteras y aduanas al ingreso libre de capitales nos dejan una lamentable situación climática, que va acompañada por las crisis alimenticia, hídrica, energética, recesiva, de empleo y de valores, que han sacudido al planeta entero.

La conjunción de diversas crisis jaquea al sistema y tensa la vida de los seres humanos como las del resto de especies vivas. La crisis climática es la más grave por su carácter estratégico al afectar la vida del propio planeta, producto de una industrialización y una explotación de la naturaleza en base a energéticos que destruyen el medio ambiente. La especie humana se evidencia como altamente destructora, cuestionándose su supuesto racionalismo, así como la concepción patriarcal de la existencia y su proyecto histórico de dominación. La crisis energética indica la escasez de residuos fósiles en los que se ha basado el tipo de industrialización hegemónico en base al petróleo, generando guerras de invasión a los países poseedores de este bien. Irrumpe la fuerza del gas y del carbón, como también de nuevas energías: eólica, aérea, solar, hídrica. Hay una crisis por falta de agua potable ante el deshielo de las cordilleras y los polos, causado por el recalentamiento global; crisis alimenticia y alta pobreza en el mundo, no porque no hayan alimentos sino porque estos son manejados por las grandes transnacionales, las que guiadas por la ley de la ganancia y el lucro encarecen su precio; crisis financiera que llevó al colapso bancario entre setiembre y octubre

del 2008, debido a la fuerte presencia desregulada del capital especulativo (tarjetas de crédito; papeles de la deuda, bonos) por encima del capital productivo, como de la estafa de las “hipotecas prime y subprime”; crisis recesiva manifiesta por el menor crecimiento en dos trimestres consecutivos; crisis inflacionaria; crimen organizado, incremento de la delincuencia e inseguridad ciudadana; crisis de valores al convertirse el ser humano en hijo de un sistema sin corazón movido por las leyes del mercado (ganancia, competencia, libre concurrencia), lo que lo hace individualista, narcisista, consumista, “presentista”.

El modelo de capitalismo de bienestar o capitalismo social (como diría Zygmunt Bauman), más propio de Europa, también ha entrado en un turbión recesivo y en un gran auge de protesta popular masiva al desregular su actuación, sea la financiera, la industrial.



Se mantiene como vigente el modelo del capitalismo nórdico, propio de países más pequeños, con alta inversión en la educación, la investigación, industrialización muy sofisticada y cero corrupción, como es el caso de Noruega, Finlandia, Dinamarca y Suecia.

La novedad la da el modelo de capitalismo asiático caracterizado porque el Estado interviene abiertamente en la economía de mercado, caso de la República Popular China y de los países del sudeste asiático (los tigres: Corea del Sur, Singapur, Taiwán, Hong Kong; y los dragones: Indonesia, Malasia, Tailandia, Filipinas, Vietnam y otros).

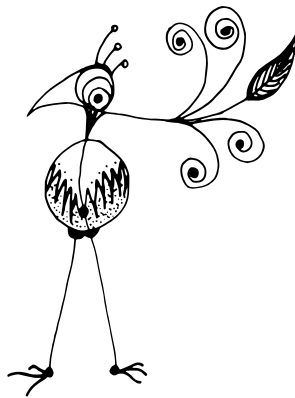
A diferencia de los años sesenta del siglo pasado, en que la contradicción fundamental oponía el capitalismo con el socialismo y la contradicción principal enfrentaba a los pueblos del tercer mundo contra la hegemonía imperial en busca de su liberación y dejar de ser colonias y semicolonias, hoy las masas populares movilizadas en todas las regiones, lejos de cuestionar al sistema capitalista imperante, le exigen el cumplimiento de sus promesas de empleo y vida decente que preconiza en su propaganda. Es la juventud, centralmente, la fuerza motriz del cambio, no solo la que hemos visto surgir en Túnez, primer capítulo de la denominada “primavera árabe”, y en Egipto, tumbando a los dictadores Ben Alí y Mubarak. Han sido las masas juveniles “clasemedieras” las que se han movilizado recientemente en la plaza Taksim (Turquía) como en la Portada del Sol (Madrid),



en toda Europa, en Brasil –cuestionando el abandono de las reivindicaciones sociales de la gente, ya que el Estado ha colocado como prioridad un mundial de fútbol–, en Chile –bregando por un aumento de presupuesto en la educación– y en el Perú –derrotando a la llamada *repartija* de cargos a la Defensoría del Pueblo, al Tribunal Constitucional, Banco Central de Reserva y otros–. La juventud viene exigiendo un nuevo modo de hacer política, antropocéntrico, en torno a las necesidades humanas, más ético y moral.

La globalización, pues, no ha logrado crear un mundo pleno de libertad, igualdad y fraternidad ya que las grandes transnacionales devastan la tierra allí donde ponen los pies extendiendo la desigualdad social a raudales. La realidad hace ver que hay una gran sensibilidad social en las masas populares, centralmente juveniles y de clase media, las que reaccionan de modo espontáneo y no político buscando satisfacer sus reivindicaciones, las que el propio sistema les ha ofrecido.

Las masas sociales rápidamente se solidarizan contra los abusos, contra el alza de precios, contra la exclusión. Privilegia la vida cotidiana y no la obra faraónica que prioriza el Estado (grandes estadios de fútbol). En Turquía, ha bastado que se quiera suprimir un parque central, un espacio público muy querido por la población, para que la ciudadanía salga a las calles y jaquee políticamente a su clase gobernante.



Son movimientos sociales espontáneos, no guiados por partidos políticos y sin metas de poder alternativos al poder gobernante. Es un nuevo modo de hacer política, más inorgánico, más amorfo, pero altamente explosivo y masivo. Las plazas públicas han recuperado su carácter de células de congregación ciudadana al convertirse en receptoras de estas protestas multitudinarias.

Podemos decir que hay un alto malestar con la globalización vigente, la que no logra resolver las demandas sociales. Hay una globalización encabezada por el mercado y la búsqueda de globalizar los adelantos, la tecnología creando un sistema de rostro más humano.

Las contradicciones de la hora actual

Vivimos en un mundo convulso en el que se libra una lucha policéntrica capitalista imperial, bregando las

potencias por lograr tener el poder del sistema. No son dos o más sistemas en juego sino uno solo.

“Los ejes de poder dejan de estar en Occidente por lo que esta desoccidentalización implica procesos mediante los cuales la economía global ya no estará controlada por Estados Unidos y el FMI; procesos en los cuales el capitalismo ya no está atado al liberalismo y al neoliberalismo, sino que se articula también con el confucianismo en China y Corea, el islamismo en Indonesia y Malasia, el panafricanismo de ciertos Estados y fondos económicos de África, el ‘lulismo’ de Brasil y quizá de América Latina.

La moraleja es que el futuro ya no será uno sino varios.

La reoccidentalización que intentó Obama –apoyado en y por la Unión Europea– seguirá su curso, pero ya no sola sino junto a la desoccidentalización en el control de la economía mundial.

Pero esto no es todo. La presencia contundente de la sociedad política global que hemos visto en la revolución en Egipto y Túnez ya es imparable; los indignados de España e Israel, y ahora los estudiantes de Chile y los jóvenes en Inglaterra, se agregan a las experiencias en Bolivia y en Ecuador, derrocando a presidentes corruptos.

Esta es la tercera trayectoria hacia los futuros globales. Una trayectoria que, en relación con las dos anteriores, podemos identificar como descolonización (2).

El conflicto sirio expresa la lucha de poderes, la geopolítica en juego, la ubicación en el Mediterráneo importante para las mediciones de fuerzas, ser la ruta del gas y sobretodo, la proximidad con Irán, verdadero bastión del petróleo que ambiciona el imperio norteamericano.

No se puede negar la crisis raigal y global del patrón de poder colonial capitalista. Este llega a la acumulación final de todas sus tendencias, las que eclosionan ya sin posibilidades de poder volver a su anterior equilibrio y a “volver a hacer sistema”. Aparejada a la crisis financiera coyuntural, corre desde hace treinta años una crisis estructural, un declive histórico del sistema-mundo (3).

Wallerstein nos dice que la economía-mundo capitalista surgió en el siglo XV y se extendió, por su propia



lógica interna, a todo el globo terrestre, absorbiendo a los minisistemas e imperio-mundo existentes. Ya a fines del siglo XIX primaba un gran sistema histórico, que se ha extendido hasta la actualidad, articulando una estructura económica en base a la incesante acumulación de capital en el mercado mundial; una estructura política cimentada en Estados-nación soberanos jurídicamente, pero muy interdependientes y, finalmente, una geocultura (estructura cultural) que le da legitimidad y coherencia (4).

La declinación que se observa desde hace treinta años ha tenido en las dos últimas décadas, a partir de la imposición del modelo neoliberal, un capítulo que ha tensado todas las formas de hacer sistema, de volcarse sobre la naturaleza y de tejer una hegemonía cultural. La imposición de un esquema privatista y de las reglas del mercado sobre todas las esferas de vida del ser humano contemporáneo dejando de lado el rol regulador y de arbitraje del Estado, caotizan la escena planetaria generando un clima de desgaste, de guerra y de creciente inseguridad.

Hablamos, entonces, diría Wallerstein, de una crisis terminal del sistema capitalista jalonada por el modelo neoliberal que, así como ha llevado a la humanidad al más alto grado de desarrollo tecnológico, al mismo tiempo ha depredado las riquezas del planeta, vive de una industria de guerra y acorta la existencia de la especie humana. El futuro es aún de pronóstico reservado.

Parecida a la crisis de 1929, cuando el sistema entró en bancarota, se viene discutiendo sobre el fin del capitalismo o la refundación del mismo. Por ahora, los jerarcas mundiales intentan salvar la economía internacional inyectando sumas millonarias de dólares a la banca para conservar su existencia. Poco importan temas vitales como la quiebra de miles de ahorristas por el fraude financiero, el hambre de las mayorías populares, la pobreza, la mala vivienda y la baja calidad educativa.

El imperio estadounidense está muy débil y cuestionado por la crisis financiera, la recesión y el desempleo arrastrando a las otras potencias. Surge una mayor presencia del Estado en la economía y mayores reglas en el mercado.

El historiador inglés Eric Hobsbawm nos dice que el sistema "... se está descomponiendo ante nuestros ojos en la mayor crisis del capitalismo global desde la década de 1930. En algunos aspectos es una crisis de

mayor envergadura que aquella, en la medida en que la globalización de la economía no estaba entonces tan desarrollada como hoy y la crisis no afectó a la economía planificada de la Unión Soviética. Todavía no conocemos la gravedad y la duración de la actual crisis, pero sin duda va a marcar el final de la clase de capitalismo de libre mercado que se impuso en el mundo y sus gobiernos en una época que dio inicio con Margaret Thatcher y Ronald Reagan. La impotencia, por consiguiente, amenaza tanto a los que creen en un capitalismo de mercado puro y desestatizado, una especie de anarquismo burgués, como a los que creen en un socialismo planificado incontaminado por la búsqueda de beneficios. Ambos están en quiebra. El futuro, como el presente y el pasado, pertenece a las economías mixtas en las que lo público y lo privado estén mutuamente vinculados de una u otra manera... No sabemos cómo superar la actual crisis. No hay nadie, ni los gobiernos, ni los bancos centrales, ni las instituciones financieras mundiales, que lo sepa: todos ellos son como un ciego que intentara salir del laberinto dando golpes en las paredes con todo tipo de bastones en la esperanza de dar con el camino de salida... La prueba de una política progresista no es privada sino pública, no solo importa el aumento del ingreso y del consumo de los particulares sino la ampliación de las oportunidades y, como las llama Amartya Sen, las capabilities –capacidades– de todos por medio de la acción colectiva. Pero esto significa –o debería significar– iniciativa pública no basada en la búsqueda de beneficio siquiera fuera para redistribuir la acumulación privada. Decisiones públicas dirigidas a conseguir mejoras sociales colectivas con las que todos saldrían ganando. Esta es la base de una política progresista, no la maximización del crecimiento económico y el ingreso personal” (5).

El análisis de la geopolítica internacional influye mucho en nuestras decisiones y estados de ánimo. La declinación del imperio estadounidense y la emergencia de nuevos polos de poder (China Popular, Rusia, India, Brasil, Sudáfrica y los países conformantes del G20), así como la conjunción de diversas crisis cambian la situación de gobernabilidad planetaria incentivando un cuadro de desorden generalizado, desmadre de una serie de falencias propias de un sistema no pensado en torno al ser humano y su felicidad.

Hacia el futuro, vislumbramos pronunciadas transformaciones en las relaciones de poder globales, nuevos actores y tendencias. Lo más saltante es que la hegemonía pasa del Atlántico al Asia, del llamado



Occidente a Oriente. El viento sopla con fuerza desde el Este.

A su vez, es estratégica la posición que la propia especie humana tome frente a la naturaleza, que viene vengándose de la destrucción que la especie humana le ha ocasionado. Los humanos hemos desatado fuerzas que no podemos controlar y que son letales. Tala de árboles y la consiguiente desertificación; destrucción de la Amazonía, pulmón de la humanidad, en busca de yacimientos petrolíferos y gasíferos; centrales hidroeléctricas que rompen con el entorno natural y amenazan la vida de los indígenas; así como las emisiones de gas carbónico producto de las poluciones industriales enrarecen el clima, mientras la naturaleza retrocede para devolver cataclismos acrecentados. Hoy presumimos la desaparición futura de muchas islas ante el deshielo de los polos así como grandes cambios de temperatura y el aumento de fuerza de terremotos, ciclones, huracanes, tsunamis, simones, monzones y lluvias torrenciales.

Nuestro planeta, además, se presenta como multicivilizatorio, multicultural y crecientemente mestizo. Estas son antiguas características, pero recién adquieren una creciente importancia en los últimos tiempos. Desde los países del Sur, se manifiestan nuevas concepciones de la vida, el "buen vivir" de los indígenas bolivianos y ecuatorianos frente al "vivir bien" del sistema capitalista, y en general una nueva episteme recorre las tribunas y congresos anunciando una epistemología desde los países del Sur ante la cuestionada y quebrada concepción eurocéntrica de mirar al mundo, entenderlo, como si fuera la única vía de entender las cosas. No más doctrinas únicas, concepciones absolutistas monopólicas de la verdad.

Hacia el bicentenario de la independencia latinoamericana

América Latina vive momentos cruciales de su historia. Acercándose el bicentenario de su independencia, no solo busca lograr su autonomía real ante un fenómeno globalizador que la ata e intenta apoderarse de sus recursos naturales, sino que lo hace en circunstancias en que el planeta es conmocionado por múltiples crisis, mientras de otro lado avanza un movimiento antiglobalizador de envergadura mundial. Es en América Latina, como en el Caribe, en donde emergen movimientos sociales indígenas que resisten y recusan al neoliberalismo y plantean una civilización alternativa, un nuevo mundo de saberes y conocimientos. Son

movimientos y gobiernos que intentan dar respuestas a las limitaciones del modo de producción dominante.

Los foros de Porto Alegre (2001) y de Sao Paulo (1990) tratan de aglutinar al movimiento antiglobalización. Ya América Latina ha iniciado en los años noventa, un ciclo de autonomización de los poderes imperiales y recuperación de la soberanía perdida. Desde la emergencia de Hugo Chávez en 1992, Chiapas en 1994, la actuación de la CONAIE en Ecuador, colocando y deponiendo presidentes, Mercosur en 1994, el Movimiento Sin Tierra en Brasil, los piqueteros y las madres de la Plaza de Mayo en Argentina, el triunfo electoral de Hugo Chávez en 1998 y las posteriores victorias de Evo Morales, de Rafael Correa, de Néstor Kirchner, de Tabaré Vázquez y de Funes en El Salvador, se ha hecho notorio en el escenario regional la presencia de una izquierda moderada en la medida en que actúa dentro del sistema asumiendo sus reglas y gana por la vía electoral (6).

Ésta ha partido de la idea de que para lograr el ansiado desarrollo, entendido como calidad de vida y bienestar para las masas, hay que ser autónomos de las hegemonías y para ello se necesita de la unidad e integración latinoamericanas, tanto de los gobiernos como de los pueblos.

América Latina ha vivido décadas de lucha por su autonomización del imperio norteamericano y recuperación de su soberanía, siendo sus mejores años los años noventa y la década pasada, al crear grandes organismos como la UNASUR en la lógica de unirse para desarrollarse en defensa de sus recursos naturales frente a los intentos imperiales de apoderarse de ellos.

El mundo actual aparece necesitado de agua y energéticos como de la biodiversidad que abunda en nuestra región, lo que convierte a Latinoamérica en un arsenal para toda la humanidad, reserva natural, despensa planetaria al tener todo lo que se requiere.

Diplomacia y unidad en América del Sur

El siglo XXI es el siglo de las grandes uniones regionales y subregionales en nuestro continente, en el que, desde la década del sesenta del siglo XX, se han creado organismos, ninguno de los cuales ha llegado a acuerdos arancelarios ni avanzado en la esfera de lo continental. En cambio, estos últimos años son testigos de la marcha de la UNASUR (Unión de Naciones Suramericanas) y desde el año pasado de la CELAC (Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños).



Me atrevería a decir que nunca se ha hecho tanto en términos de la unidad como en este siglo. El siglo XIX fue la época de los sueños libertarios de Francisco de Miranda, Simón Bolívar, José Martí, Andrés Bello y otras insignes personalidades. El siglo XX es el primer peldaño de la empresa unionista. La necesidad de unidad que experimentan los países de nuestra región se ha acentuado en la última década del siglo XX e inicios del siglo XXI ante la conciencia de los efectos de la crisis mundial y las riquezas culturales y naturales de nuestros pueblos y territorios. Se intenta afrontar en bloque los problemas planetarios, proteger los recursos naturales y lograr el desarrollo de nuestras poblaciones, es decir, mejorar su calidad de vida y bienestar.

Numerosos gobiernos y movimientos sociales han reivindicado plataformas políticas en las que la unidad regional es el camino importante para fortalecer la autonomía sudamericana. Esta última se convierte en una vía necesaria para el desarrollo de nuestros países, sobre todo porque permite administrar mejor nuestros recursos en momentos de carestía internacional negociando con los países hegemónicos y las empresas transnacionales para lograr el ansiado bienestar de los pueblos.

El desarrollo requiere de la independencia o autonomía respecto de los países hegemónicos y ésta, a su vez, llama a la unidad regional.

Si bien los intentos unionistas datan en gran medida de los años sesenta del siglo pasado por iniciativa de la CEPAL (Comisión Económica para América Latina), es a partir de la década del noventa del siglo XX, gracias a la extendida dinámica de los movimientos sociales, sobre todo indígenas y la acción de diversos gobiernos, que se ha avanzado más por la unidad latinoamericana que desde los momentos iniciales de la gesta independentista. La vertebración de la Comunidad Sudamericana de Naciones (CSN) en el Perú en el 2004 que deviene en la UNASUR (Unión de Naciones Suramericanas) en el 2008, ha logrado ampliar la gesta unitarista más que en los últimos doscientos años. De ella forman parte los doce países de América del Sur: cuatro de la Comunidad Andina (Bolivia, Colombia, Ecuador y Perú), cinco del MERCOSUR (Argentina, Brasil, Uruguay, Venezuela y Paraguay), y Chile, Surinam y Guyana, que participan como observadores o miembros asociados en varios de estos organismos.

A la UNASUR, debemos añadir la constitución de la CELAC (Comunidad de Estados Latinoamericanos y

Caribeños) gestada en Venezuela en el mes de diciembre de 2011. Esta es una fórmula económica mayor, de alcance continental, que confirma la vocación unionista que anida en nuestros países.

Latinoamérica acompaña su alto crecimiento con una profunda desigualdad social, la mayor del mundo. El paisaje humano es el de algunas capas sociales sumamente ricas, clases medias en una etapa de floración y extendidas clases depauperadas, fenómeno emparentado con las asimetrías en el poder, situación que "... Ha tenido una leve mejora luego de veinticinco años de democracia, durante los cuales los niveles de concentración no se modificaron... El debate sobre la desigualdad



se da por lo general en el terreno de la justicia distributiva. Sin embargo, además de dimensiones éticas la desigualdad tiene también efectos económicos y políticos importantes. Genera una subutilización de recursos humanos y puede, por lo tanto, afectar de manera adversa el crecimiento económico. Para propósitos de la agenda política, que es el centro de atención de este documento, la desigualdad se relaciona con una tercera dimensión, a la cual se ha hecho alusión en secciones anteriores: la del poder en la sociedad. Pues, dicho de forma simple, quien concentra riqueza concentra

poder, y este poder compite con el que es delegado a los gobernantes en el proceso democrático... Si no existiera democracia, no existiría capacidad de distribución del poder. Uno de los desafíos básicos de la democracia es la redistribución del poder..." (7).

La preocupación por la alta desigualdad social en la región llevó a que la UNASUR la colocara como tema de agenda el 28 de julio de 2011, reuniéndose en Palacio de Gobierno del Perú, tras la asunción al poder de Ollanta Humala.

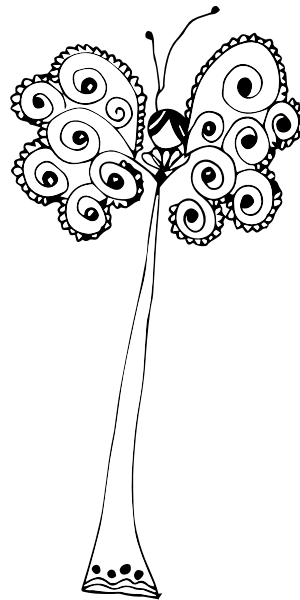
La búsqueda de la justicia social en estos tiempos en que la región goza de una democracia generalizada, tras décadas de predominancia militar, es una motivación permanente, máxime cuando los países del sur registran las mayores tasas de crecimiento. Brasil ha pasado a ser la sexta economía planetaria. Pero el crecimiento económico automáticamente no genera el desarrollo eliminando la pobreza y la exclusión social.

Acercándose las celebraciones del bicentenario de la independencia de la dominación hispana, la disyuntiva



para la región es la siguiente: o continuismo neoliberal subordinado a los países hegemónicos o autonomía continental integrada a los proyectos de unidad sudamericana, latinoamericana y caribeña. Coadyuva a nuestra dependencia el que hemos sido tradicionalmente economías primarias, que han vivido de la extracción de sus recursos naturales y su venta al extranjero. Más que crecimiento, son economías de comercialización de la riqueza propia del territorio, economías hacia afuera. Si bien algunos países del continente han logrado un mayor desarrollo industrial (Brasil, Argentina, México, Chile), en su conjunto "... el modelo orientado a la exportación al mercado mundial está en crisis, tanto en lo que toca a sus fundamentos económicos, como en lo que hace a la democracia liberal representativa y delegada en las élites dirigentes, que han impedido que haya vasos comunicantes entre política económica y política social" (8).

En esta era global, cada país sudamericano tiene sus propios proyectos estratégicos de desarrollo. Prima aún el extractivismo minero combinado con la producción agropecuaria en casi todos los estados. La industrialización es de nivel medio a elevado según sus regiones, con una muy fuerte presencia de capital extranjero (multinacionales). Brasil es la principal potencia económica regional, aportando cerca del 50% del PBI de toda América del Sur. Es el país más extenso, ocupando un 45% del área total y alrededor de 190 millones de habitantes, lo que representa el 55% de la población total regional.¹¹ Como zona industrializada, destaca en primer lugar Sao Paulo en el Brasil, también polo financiero y los principales polos tecnológicos sudamericanos (Sao Carlos, Sao José dos Campos y Campinas); lo sigue Argentina, el segundo país más extenso en Sudamérica con una alta participación en el PBI regional (un 15%), que lo ubica en el segundo lugar caracterizándose por su producción agropecuaria, un puerto muy dinámico (Buenos Aires) y el eje fluvial-industrial que va desde el Paraná hasta Rosario y La Plata. La extracción petrolera crecerá en Brasil y Argentina teniendo en cuenta los últimos yacimientos descubiertos, mientras que Venezuela se ha convertido en el boom regional figurando entre las grandes potencias energéticas mundiales y Bolivia destaca por la producción de gas natural contando con unos 54 trillones de pies cúbicos. Perú destaca por su biodiversidad, sus reservorios naturales de agua potable y su permanente crecimiento.



Solo Argentina y Brasil como México (dentro de los países latinoamericanos) forman parte del Grupo de los 20 (los más industrializados, poderosos e influyentes del mundo). Este organismo ha reemplazado al elitista G-8 y es una respuesta del sistema capitalista hegemónico para sortear la grave crisis presente, al margen de la acción de Naciones Unidas, si bien estratégicamente "... ¿No sería mejor transformar el Consejo de Seguridad incorporando en su seno a este G-20 (o uno mejorado)?" (9).

Chile conforma la OCDE, que agrupa a algunos de los estados más desarrollados del mundo. Por otro lado, gracias a sus abundantes reservas de petróleo, Venezuela y Ecuador forman parte de la OPEP.

Los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) se han incorporado al G-20 y son la revelación de la época, caracterizada por una multipolaridad creciente y la debilidad del imperio estadounidense así como de la Unión Europea.

La globalización de corte neoliberal que prima en el sistema capitalista desde 1990 (Consenso de Washington) incentivó la primacía de la economía de mercado, la privatización de los servicios públicos y recursos naturales de la sociedad, la apertura irrestricta de los mercados al ingreso de capitales e inversiones y la desaparición del Estado de la esfera económica. Ha buscado uniformizar una identidad planetaria, logrando una concepción del tiempo universal igualitaria para todos y convertir al espacio planetario en un solo mercado, encontrando como contrapartida la respuesta de la subregión suramericana, a partir de una serie de gobiernos y movimientos populares adversos a este tipo de dominación al no sentir que se respetan sus derechos ancestrales a la tierra, la posesión de sus recursos naturales y el respeto a las costumbres de las poblaciones. Muchos de estos gobiernos y movimientos sociales han intervenido en la consolidación de administraciones antineoliberales desde la década de los noventa del siglo pasado y la primera década del siglo XXI.

La administración norteamericana de Bush Jr. prácticamente abandonó la coordinación con nuestra región, mientras que la actual de Barack Obama define una estrategia global para reposicionarse tras la debacle



financiera de fines del 2008. Al momento actual, el imperio norteamericano domina las áreas petroleras y territorios de Medio Oriente y Asia Central, como un modo de obtener energéticos y a su vez cerrar paso a la influencia china en esta región, estando en consideración la invasión a Irán, contestatario al poder estadounidense, de gran riqueza petrolera, aliado de Rusia y China, intentona militar del país hegemónico mundial y su aliado Israel, que podría generar una conflagración internacional. Siria es el primer peldaño para tocar a Irán. A su vez, los Estados Unidos de Norteamérica mantienen una alianza nuclear con India y se dirigen con sus ofrecimientos a los países de la ASEAN (sudeste asiático), buscando aliados con los que contrarrestar el avance chino.

En el caso latinoamericano, EE.UU. controla Haití (aprovechando las circunstancias del seísmo ocurrido recientemente en esta isla y las actividades norteamericanas de ayuda sanitaria y militar) y mantiene una fuerte presencia en Aruba, Curazao, frente y cerca a Venezuela, mientras el Plan Colombia avanza. La IV Flota estadounidense navega en el Atlántico sudamericano frente a las costas del Brasil. En este cuadro, en el 2012 el mayor crecimiento regional fue para Haití, Panamá, Perú, Ecuador y Chile (10).

Los intentos de la UNASUR (Unión de Naciones Sudamericanas) y la reciente constitución del CELAC (Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños) son parte del proceso de autonomización como de unidad para lograr una identidad regional mayor en esta hora de grandes realizaciones globales. “Hora de América Latina” en la que la región se tiene que unir para “asegurar su presencia en el mundo”, con “autonomía” y sin “dependencias” (discurso del canciller peruano Rafael Roncagliolo ante ALADI en marzo de 2012).

La propia Ronda de Doha de la Organización Mundial de Comercio (OMC), iniciada en el año 2001, buscaba recuperar la competitividad dentro de la economía de mercado, ayudar al libre comercio y generalizarlo para lo cual llamaba a conformar bloques regionales que aminoraran la pobreza de los pueblos en la lucha por la competencia global.

Tras una década, hay análisis sombríos al verse que ni EE.UU. ni la UE ni Japón ni China han dejado de subsidiar sus productos alimenticios y textiles, con lo que hacen que sus TLC condenen a los países del sur a la miseria. Los intercambios comerciales y de todo nivel entre los países del sur aumentan y se presentan como una solución a la inequidad presentada por los

países del norte. Los subsidios estatales desvirtúan la competitividad y desnaturalizan el libre comercio que no necesita de la intervención del Estado sino de las manos libres del mercado.

Es en este contexto, la Comunidad Andina (CAN) no se ha desintegrado, pese a los diferentes signos políticos de sus países conformantes. El Mercosur, por su parte, renueva sus iniciativas en el cono sur.

América Latina ha avanzado más y mejor por el lado del cuidado de los recursos naturales, no tanto así del agua en donde pareciera haber una tremenda miopía. En muchos casos, a partir de las cumbres energéticas se busca unir a los países. Hoy se estimula la unión por lo menos en torno a nuestras carencias y riquezas ganando la argumentación energética (petróleo y gas) sobre las viejas visiones integracionistas. La CAN ha cumplido cuarenta años de fundada y el MERCOSUR tiene dieciocho años de vida. Los acuerdos caminan más rápido por el lado de la comunidad de recursos, como es el caso de Petrosur que une a Venezuela, Argentina, Bolivia y Brasil en torno al petróleo, o Petrocaribe que expresa la alianza de Venezuela con los países caribeños. Cuba es parte de los beneficiados con estos intercambios, amén de ampliaciones de medios de comunicación como Telesur y el fomento del Banco del Sur para quitar presencia al Banco Mundial y al Fondo Monetario Internacional en nuestra región.

En este clima unitario, resulta incomprensible que algunos gobiernos sudamericanos se mantengan enfrentados, diferenciados por sus modelos de desarrollo, así como por las luchas hegemónicas y los caudillismos, lo que nos quita fuerza ante el mundo, justo en el momento en que poseemos los recursos que el mundo necesita y los minerales e hidrocarburos suben de precio. Estas contradicciones solo favorecen a los países hegemónicos.

La industrialización como la defensa de los recursos y su comercio en bloques regionales es la alternativa de los países sudamericanos para dejar de ser puramente abastecedores de materia prima y semicolonias. La globalización no anula la identidad nacional ni los proyectos nacionales de desarrollo. Este es el reto: unirnos sin cerrarnos al mundo, multilateralismo de preferencia y no bilateralismo con las potencias.

El ajedrez político en América Latina

Mientras Bush Jr. se dedicó a destruir Irak y Medio Oriente en busca de petróleo y de Osama Bin Laden,



América Latina creció en unidad y se rebeló frente a la hegemonía imperial. No sólo desapareció Estados Unidos de América Latina sino que el proyecto del ALCA norteamericano fue derrotado en la Cumbre de Presidentes Iberoamericanos de 2005 en La Plata. Así se pasmó el intento de Bush padre y de Clinton de unirnos a través del ALCA (Alianza de Libre Comercio de las Américas).

La segunda movida corresponde a la administración del presidente estadounidense Barack Obama hacia fines del 2011. El presidente peruano Alan García convoca en Palacio de Gobierno a los países latinoamericanos de corte neoliberal ligados a la cuenca del Océano Pacífico. México, Panamá, Colombia, Perú y Chile firman un pacto conocido como Arco Pacífico, que hoy denominamos Alianza Pacífico. Fracasado el ALCA, EE.UU. retoma la iniciativa en esta región y subregión nucleando a los países afines al neoliberalismo y que asumen el liderazgo norteamericano.

Esta segunda movida coge a la UNASUR en su peor momento, tras la muerte de Chávez y los intentos de la hegemonía estadounidense por desestabilizar este país; el fracaso de Brasil, de una Dilma Rousseff más inclinada a perdonar deudas en África que en sus países amigos, dejando de lado América Latina. Las masas juveniles le han hecho entender a la élite gobernante brasileña, habitualmente envuelta en líos de corrupción, que el modelo brasileño no ha resuelto los graves problemas de desigualdad social, discriminación, de trabajo y empleo juvenil hacia el futuro. Ha bastado el aumento del precio del boleto de transporte para que los jóvenes salgan a las calles. En Argentina, Cristina Fernández no las tiene todas consigo. Al igual que Túnez, Egipto, Turquía, España y Barcelona, Santiago de Chile, los jóvenes protagonizan la agenda política revelándose como la fuerza motriz sustancial del cambio social. No plantean un modelo diferente y alternativo al actual sino que entienden que no hay un futuro de bienestar para ellos.

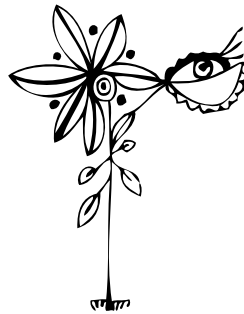
Hasta hoy, los procesos de integración sudamericana y latinoamericana en general se han visto tonificados por la iniciativa de Brasil y la vasta experiencia diplomática de Itamaraty; el empuje de la Venezuela de Chávez; el dinamismo convergente de las élites políticas gobernantes de los doce países; el vasto despliegue de una diplomacia sudamericana y la acción de los pueblos sudamericanos, lo que ha convertido a América del Sur en una región que entusiasma al análisis político. LA

UNASUR ha sido en los últimos tiempos el frente político que ha llevado a la convergencia los países del MERCOSUR y de la CAN. UNASUR es importante en términos geopolíticos y geoeconómicos para conformar un mesosistema de integración regional mejor posicionado.

En suma, se ha estructurado el desarrollo capitalista latinoamericano-caribeño con la propuesta de descolonización económica, política, social, cultural; un socialismo nuevo y reinventado para la región que asume positivamente la propuesta del “buen vivir” del movimiento indígena.

Hoy continúa existiendo una alta desigualdad social. Asombrosamente, los que más crecieron en el año 2011 fueron Haití y Panamá en el año 2012, siguiendo Perú, Ecuador, Chile, Cuba, Brasil (0.9%).

El primer round fue a favor de América Latina y el Caribe ante unos Estados Unidos volcados hacia Medio Oriente y Asia y un ALCA que se pasmara en 2007 en la Cumbre de La Plata triunfando la propuesta autonomista y latinoamericana.



El segundo round en esta movida de ajedrez ha sido a favor de EE.UU., cuando, fracasado su proyecto de ALCA que hubiera congregado a 34 países latinoamericanos excluyendo a Cuba, pasa a impulsar la Alianza Pacífico, es decir, las economías neoliberales de la región aliadas de los Estados Unidos relacionadas a la Cuenca del Pacífico, la mayor del mundo que alberga a las economías más sólidas del planeta.

Hoy la turbulencia política en Brasil y la debilidad del gobierno argentino y del venezolano, restan posibilidades para que la UNASUR lleve a cabo la tercera movida en este ajedrez político.

El Perú juega pragmáticamente, habiendo estado en la presidencia protempore de la UNASUR hasta hace poco tiempo, favoreciendo la elección de Nicolás Maduro en Venezuela, viajando a despedir los restos mortales de Hugo Chávez y participando en la asunción al poder de Maduro. Pero, a su vez integra la Alianza del Pacífico con comando estadounidense y ha aprobado a nivel legislativo el Acuerdo marco de dicha Alianza, lo que lo llevará a consultar a sus miembros decisiones de estado, económicas, comerciales poniendo en entredicho su filiación a la UNASUR como a la CAN y su participación como observador del MERCOSUR.



De algún modo, su pragmatismo lo lleva a separarse de la UNASUR y la Comunidad Andina (CAN).

La Alianza del Pacífico retoma los planteamientos integracionistas bajo un mercado neoliberal y la hegemonía de los Estados Unidos de Norteamérica.

La unión EE.UU.-República Popular China, nada menos que en el patio trasero latinoamericano, nos lleva a tomar nuevas posiciones. EE.UU. débil negocia mejor con la RPCH como aliado que llega a América Latina a negociar la compra de recursos naturales. “Chinamérica” la denomina el embajador Oswaldo de Rivero.

Se impone la tercera jugada a cargo de la UNASUR y tal vez, de la fórmula más unionista, la de la CELAC, pero los países conductores no están en su mejor momento y se retrasa la respuesta.

La UNASUR está débil entre imperios debilitados y en lucha a muerte por el control del planeta, necesitados de recursos energéticos y naturales, y una América Latina y el Caribe y un Perú ricos en todo, arsenales y despensas para la humanidad. Viendo en perspectiva, es de prever la fuerte presencia de las empresas transnacionales en esta región como se constata en la inversión minera y en la diversidad militar estadounidenses.

¿Se habrá agotado el ciclo autonomista o estamos en un episodio de este ciclo de altas y bajas? Es el peor momento indudablemente del ciclo unionista tras dos décadas de fluida emergencia y consolidación de gobiernos apoyados por sus movimientos populares.

Notas

(1) Sachs Jeffrey D., “Objetivos para vencer”. Asesor especial del Secretario General de las Naciones Unidas para los Objetivos de Desarrollo del Milenio. En Project Syndicate, a world of ideas. Portafolio económico, Diario “El Comercio” del domingo 1 de setiembre de 2013, página 14.

(2) Walter Mignolo, “El reordenamiento global” (artículo) del 10 de agosto de 2011. Profesor e investigador de Duke University (EE.UU.), y de la Universidad Andina Simón Bolívar (Ecuador).

(3) Wallerstein Immanuel, “El capitalismo se acaba”. Entrevista realizada por Antoine Reverchon. Le Monde Diplomatique del 11 de octubre del 2008.

“El sistema que salga de la crisis será muy diferente”. Entrevista de Íñigo Errejón y Pablo Iglesias- Diagonal. En revista “Sociológica” N° 1. Colegio de Sociólogos del Perú, agosto de 2009, páginas 44-45.

(4) Wallerstein Immanuel, “Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos. Un análisis de los Sistemas-mundo”, Madrid, Ediciones Akal, 2004, página 143.

“Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido. Una Ciencia Social para el siglo XXI”. Siglo XXI editores, México, 2001.

(5) Eric Hobsbawm, “El socialismo fracasó; ahora el capitalismo está en quiebra. ¿Qué viene a continuación?”. The Guardian, 10 de abril de 2009. Traducido del inglés por S. Seguí. <http://www.guardian.co.uk/commentisfree/2009/apr/10/financial-crisis-capitalism-socialism>

(6) Rocha Alberto, “La integración regional como vía para alcanzar la autonomía de América Latina”. En revista Yuyakusun n° 2 del departamento académico de humanidades de la Universidad Ricardo Palma, diciembre de 2009.

“Construcción de la Unión de Naciones Suramericanas”. Revista Yuyakusun n° 5, departamento académico de humanidades de la Universidad Ricardo Palma, octubre de 2012.

(7) “Nuestra Democracia”. PNUD, OEA, FCE, IFE, Canadian International Development Agency, Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación de España, Aecid, primera reimpression 2011, México, capítulo 5, páginas 159 a 179.

(8) Preciado Jaime, “Escenarios ‘posneoliberales’, democracia y ciudadanía en América Latina”. Revista “América Latina en debate. Sociedad, conocimiento e intelectualidad”. II Foro Internacional y Encuentro de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Lima, 2011, Julio Mejía editor, página 133.

(9) Alberto Rocha Valencia y Daniel Morales Ruvalcaba, “Potencias medias y potencias regionales en el sistema político internacional de Guerra Fría y Posguerra fría. Propuesta de dos modelos teóricos”. Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, México, primera edición, 2011, página 17.

(10) CEPAL. “América Latina y el Caribe crecerá 3.7% en 2012 en medio de incertidumbre y volatilidad mundial. Organismo advierte sobre un posible escenario internacional más desfavorable si empeora la situación de la eurozona”. <http://www.eclac.cl/cgi-bin/getProd.asp?xml=/prensa/noticias/comunicados/8/45478/P45...>